

Gertrude Duby y la historia de las mujeres zapatistas de la Revolución Mexicana¹

Gabriela Cano

¿ES POSIBLE HACER una historia de las mujeres? ¿Es posible hacer la historia de las mujeres en la Revolución Mexicana? La primera pregunta fue planteada por la historiadora francesa Michelle Perrot en una de las obras fundadoras del proyecto intelectual y político de colocar a las mujeres en el centro de las narraciones históricas (Perrot, 1984). La respuesta afirmativa a la primera interrogante se encuentra en las aportaciones de historiadoras de distintas generaciones y países que han hecho del campo una de las especialidades más ricas de la historiografía en las últimas décadas. La propia Perrot hizo una reseña reciente del campo de la historia de las mujeres en Francia y otras autoras han hecho lo propio para la historiografía de América Latina (Perrot, 2008; Lavrin, 1994; Caulfield, 2001).

La segunda pregunta surge ante la persistente invisibilidad de las mujeres en la historia de la Revolución mexicana. Más que ningún otro tema de la historia de América Latina, la Revolución Mexicana ha sido objeto de “una historiografía (...) abundante y metodológicamente refinada” (Joseph y Nugent, 2002: 33). Sin embargo, sólo hasta fechas recientes la historia de las mujeres mexicanas “se ha dejado de desdeñar como un empecinamiento ro-

¹Una versión anterior de este trabajo se discutió en el Seminario de Historia Social de El Colegio de México que dirige la profesora Clara E. Lida. Agradezco los comentarios que en esa y otras ocasiones me hicieron Samuel Brunk, Deborah Dorotinsky, Javier Garciadiego, Daniela Gleizer, Antonio Saborit y Phyllis Smith. Estas notas forman parte de una investigación en curso sobre los discursos de género sobre la Revolución Mexicana.

mántico femenino; la búsqueda de pequeños grupos y actores en lugares oscuros” y el interés académico por el movimiento revolucionario y sus consecuencias ha abarcado a las mujeres (Vaughan, 2009: 41). El refinamiento metodológico ha llegado, por fin, a los estudios sobre la historia de las mujeres en el México revolucionario y posrevolucionario dando lugar a novedosas investigaciones (Blum, 2010; Cano, Vaughan y Olcott, 2009; Olcott, 2005; Porter, 2008) que muestran las formas como el estado, la guerra, los mercados, la familia, el trabajo y las prácticas de consumo, entre otros aspectos de la sociedad, moldean, y a la vez están moldeados, por el género, es decir, por el conocimiento aceptado (pero inestable) sobre la diferencia entre los sexos que norma las relaciones sociales entre hombres y mujeres (Scott, 2008). Aunque tardíamente, los enfoques de género han permitido dejar atrás la tan perdurable como equivocada idea de las mujeres que fueron un actor social unitario del proceso revolucionario. Esa arraigada visión de la presencia o participación revolucionaria de las mujeres como actor único pasa por alto los criterios de regionalización y estratificación socioeconómica, entre otros elementos metodológicos empleados provechosamente desde hace tiempo por las interpretaciones revisionistas y postrevisionistas de la Revolución Mexicana (Joseph y Nugent, 2002; Cano, 2000).

Con frecuencia se piensa que la insuficiencia de fuentes históricas con información de época sobre las mujeres es el obstáculo principal de la investigación histórica. Sin embargo, cuando formulamos las preguntas de género pertinentes, apoyadas en perspectivas metodológicas refinadas, las fuentes documentales ya conocidas (informes gubernamentales, estadísticas, cartas, censos, memorias, periódicos y revistas, entre otras) pueden ofrecer una gran riqueza de datos (Scott, 1992: 44). Por otra parte, también es posible (y deseable) localizar colecciones de documentos y materiales impresos sobre las actividades de las mujeres. Reunidos generalmente por feministas de generaciones anteriores, convencidas de la necesidad de ofrecer pruebas y testimonios de las capacidades de las mujeres, este tipo de acervos generalmente se recopilaban en momentos de activismo político feminista y permanecieron mucho tiempo en el olvido, sin ser catalogados o aprovechados, para ser revalorados posteriormente en el contexto de investigaciones dirigidas a considerar a las mujeres como actores históricos centrales (Scott, 1992: 45). Uno de esos acervos es la colección de apuntes y documentos sobre la participación de las mujeres en el constitucionalismo, reunidos por Leonor Villegas de Magnón y hallados por Clara Lomas en Texas (Lomas, 2004). Otro conjunto de materiales sobre la participación de las mujeres en la Revolución Mexicana, de una naturaleza muy diferente a los documentos de Villegas de Magnón, son las notas, escritos y fotografías y crónicas publicadas sobre

mujeres zapatistas, producto de la investigación de campo que Gertrude Duby llevó a cabo en el año de 1942 y que por primera vez se analizan de manera sistemática en estas páginas.

La mayor dificultad para hacer historia de las mujeres no es, pues, reunir información sino lograr que esa información sea considerada relevante para las narrativas históricas. Conseguir lo anterior requiere rebatir la arraigada idea de que la información sobre mujeres nada tiene que ver con los intereses de la historia, la cual es el sustento de la invisibilidad de las mujeres en la mayor parte de los recuentos históricos (Scott, 1992: 44). En esta nota de investigación, que constituye un adelanto de un trabajo más amplio, exploro la riqueza y los límites del material reunido por Duby y reflexiono sobre el entorno sociocultural que provocó que las notas de campo, fotografías y crónicas publicadas de la exiliada de origen suizo sobre las mujeres zapatistas permanecieran en el olvido. A lo largo de diez meses, Duby entrevistó y fotografió a una veintena de revolucionarias zapatistas que habían actuado como espías, mensajeras clandestinas, curanderas y luchadoras armadas en las fuerzas del Ejército Revolucionario del Sur que comandaba Emiliano Zapata. El conjunto de apuntes de campo, negativos y hojas de contacto, producto de un recorrido de investigación por pueblos de Morelos y Guerrero y barrios populares de la ciudad de México, si bien tienen un carácter fragmentario, constituyen la documentación visual y narrativa más extensa y variada sobre las mujeres zapatistas de que hasta ahora se tenga noticia.²

A pesar de la buena calidad artística y documental de las fotografías y de la profundidad de las semblanzas de las zapatistas, el material de Duby sobre la Revolución Mexicana permanece casi desconocido. Sólo dos artículos periodísticos (uno sobre las mujeres zapatistas y otro en torno a Emiliano Zapata) escritos por Duby aparecieron publicados a principios de los años cuarenta, en revistas de poca circulación e influencia. El primero de ellos apareció en alemán y en español, y el segundo sólo se publicó en alemán (Duby, 1942, 1945a, 1945b), mientras que una brevisima síntesis de la investigación zapatista de Duby se incluyó en un libro publicado décadas después (Duby, 1979). Sólo en fechas recientes el material de Gertrude Duby sobre mujeres zapatistas comenzó a llamar la atención académica (Cano, 2009).³

² En los años setenta, un grupo de estudiosas del zapatismo entre las que figuran Alicia Olivera de Bonfil, Salvador Rueda y Laura Espejel entrevistaron a varias mujeres zapatistas, como Rosa Bobadilla, María de la Luz Barrera, Juliana Flores y Celsa González Pérez, entre otras.

³ La historiadora Phyllis Smith prepara una biografía sobre Gertrude Duby a partir de los documentos de la exiliada suiza en México.

El poco éxito periodístico de la investigación zapatista de la exiliada contrasta con la pronta y buena acogida de las fotografías y crónicas de la Selva Lacandona que le dieron renombre a Gertrude Duby como fotógrafa del México indígena. Sus textos e imágenes de la selva chiapaneca tuvieron una entusiasta recepción en la prensa y su primer libro sobre los lacandones se publicó a poco más de un año en una colección bibliográfica publicada por la SEP (Duby, 1944d). Hasta la fecha sus fotografías sobre los lacandones gozan de reconocimiento a su valor artístico y documental y se utilizan como testimonio de la forma de vida en la selva, mientras que sus fotografías y entrevistas sobre las mujeres zapatistas apenas se mencionan en los estudios sobre su obra. La propia Duby apenas se detenía en su breve episodio zapatista y la bibliografía disponible dedica sólo unos cuantos renglones a esa labor, que fue el primer paso de su integración al país en el que permaneció aun después del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la derrota del nazismo (Harris y Sartor, 1984; Pappé, 1994).

En las páginas que siguen argumento que la idealización de México como un país revolucionario e indígena (Tenorio, 2009: 159-171) propició el interés de Duby por documentar las experiencias y recuerdos de mujeres participantes en la facción revolucionaria que encabezó Emiliano Zapata. Paradójicamente, la idealización de la historia ancestral fue un elemento que la llevó a abandonar este proyecto y dedicarse de lleno a la selva lacandona y a sus habitantes.

Desde su primer viaje a la selva, en una expedición organizada por el gobierno de Chiapas en 1942, las crónicas y fotografías de Duby encontraron espacio en revistas ilustradas y en publicaciones oficiales (Duby, 1944a, 1944b, 1944d). El interés de la prensa por su trabajo, aunado a su fascinación personal con los lacandones, llevaron a Duby a trabajar a lo largo de cincuenta años en proyectos periodísticos, sociales y ecológicos relacionados con la selva (Harris y Sartor, 1984; Pappé, 1994). A diferencia de la mayor parte de los exiliados de habla alemana como Anna Seghers o Egon Erwin Kisch, quienes regresaron a Europa a poco del triunfo de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, Gertrude Duby permaneció en Chiapas toda su vida.

Las mujeres zapatistas de la Revolución Mexicana

Ningún archivo es transparente, y el material de la investigación de Duby —integrado por notas de campo, escritas principalmente en inglés y alemán (y con frases sueltas en español), reportajes periodísticos en español y alemán, así como fotografías impresas y otras en negativo— se aprecia mejor si en

lugar de vérselo como un informe objetivo, que tan sólo recoja las voces de las excombatientes, se le considera como un testimonio de las interacciones entre Duby y las antiguas zapatistas: fue un encuentro armonioso, pero no exento de tensiones, entre la extranjera recién llegada al país y las mujeres rurales, más o menos desconfiadas, pero deseosas de ser escuchadas, de figurar como protagonistas en reportajes de prensa y quizás hasta obtener algún beneficio de las conexiones de Gertrude Duby con la élite política e intelectual posrevolucionaria.

Las entrevistadas eran mujeres pobres cuya situación socioeconómica apenas se había modificado con las reformas posrevolucionarias, pese a haberse comprometido en la causa del Caudillo del Sur. Cuando se llevaron a cabo las conversaciones con Duby, la mayor parte de ellas vivía en algún poblado de la zona zapatista y permanecía al margen de las decisiones políticas locales y nacionales del México posrevolucionario. En el mejor de los casos, alguna de ellas, como la coronela Rosa Bobadilla, formaba parte de la Unión de Mujeres de Morelos, una organización corporativa encabezada por Ana María Zapata, hija del revolucionario⁴ (AGD, DA/1942/10).

Animada por una visión comunista de la emancipación de la humanidad y con una perspectiva exotizante basada en criterios raciales, Duby veía al México rural como un país de tradiciones ancestrales y de revolución social. Fue por eso que la exiliada encontró en la recuperación de la memoria de las mujeres zapatistas un tema periodístico que le dio un nuevo sentido a su vida y compensaba, en parte, la decepción que vivía a raíz de los acontecimientos de la guerra en Europa ante el avance de las fuerzas del Tercer Reich. En las montañas de Morelos disfrutaba el paisaje y se sentía “muy lejos de la guerra mundial, hablando de otra guerra, la guerra del pueblo de Morelos contra los grandes terratenientes” (Duby, 1945a: 36).

Gertrude Duby se propuso escribir un recuento periodístico, narrativo y visual y socialmente comprometido, sobre la actuación de las mujeres en el zapatismo. Sin embargo, su mirada se extendió más allá de los recuerdos sobre la Revolución Mexicana y, aprovechando su formación profesional como trabajadora social, registró aspectos sociológicos del entorno cotidiano de las antiguas luchadoras. Al mismo tiempo, se interesó por indagar la actualidad política del agrarismo zapatista. Si bien su proyecto era el de recabar historias

⁴Al frente de la Unión de Mujeres de Morelos desde 1937, Ana María Zapata reclamó pensiones para viudas, hijos y hermanos de los revolucionarios; una década más tarde solicitó un aumento para su propia pensión y luego del establecimiento del sufragio femenino ocupó un cargo en la Confederación Nacional Campesina (CNC) y, algunos años después, se convirtió en la primera diputada federal por el estado de Morelos (Brunk, 2008: 143).

de lucha en la Revolución, su enfoque no ofrece una visión cronológica que permita hacer una reconstrucción de la participación de las mujeres en los distintos periodos y regiones en que se desarrolló el movimiento de Emiliano Zapata; sin embargo, y a pesar de esa limitación, el material de Duby constituye el conjunto informativo más rico sobre las mujeres zapatistas, tema que no ha sido tratado en las principales obras sobre el zapatismo de la Revolución Mexicana (Magaña y Pérez Guerrero, 1951-1952; Sotelo Inclán, 1943; Womack, 1985; Brunk, 1995; Ávila Espinosa, 2001).

A contracorriente del estereotipo de la soldadera sumisa y víctima, los retratos de las ex luchadoras zapatistas elaborados por Gertrude Duby son un testimonio único sobre las revolucionarias del centro del país, que permanecían al margen de la política y de las instituciones gubernamentales y, que en muchos casos, estaban sumidas en la pobreza. La figura de la soldadera anónima que cobró auge en el discurso conmemorativo de la Revolución Mexicana durante el gobierno de Lázaro Cárdenas significó un reconocimiento parcial de la participación de las mujeres en el proceso revolucionario, pero paradójicamente, dicha imagen también contribuyó a invisibilizar a las mujeres como actores sociales complejos y a celebrar la sumisión como una característica nacional de las mujeres mexicanas. A diferencia de la soldadera anónima, las ex combatientes zapatistas retratadas con la pluma y la cámara de Duby tienen rostro y nombre propio y si rememoran los sufrimientos de los días de batalla, no lo hacen para presentarse a sí mismas como víctimas de guerra, sino como luchadoras convencidas de la causa del zapatismo. Aunque no era su intención, los materiales de Duby constituyen una impugnación de la figura de “la Adelita”, que también cobró importancia en estos años como símbolo de la belleza, juventud y feminidad de las mujeres activas en la etapa armada y como modelo a seguir de las nuevas generaciones de mujeres nacionalistas. Por no caber dentro de los discursos de la soldadera anónima ni de la Adelita y ofrecer, en cambio, una mirada original de las mujeres activas en la Revolución mexicana, los retratos de mujeres zapatistas de Gertrude Duby no cabían dentro del discurso conmemorativo de la Revolución Mexicana, como también ocurrió con las memorias de Villegas de Magón (Lomas, 2004).

La invisibilización de las mujeres activas en la etapa armada de la Revolución Mexicana fue señalada desde finales de los años treinta por feministas vinculadas con el Frente Único de los Derechos de la Mujer, que reunió a una amplia gama ideológica de organizaciones de mujeres a favor del sufragio y de demandas sociales y económicas que modernizaran las condiciones de vida de la población femenina (Olcott, 2005). Con un afán de ofrecer pruebas de las capacidades y compromiso revolucionario de las mujeres, algunas in-

telectuales vinculadas al Frente reunieron datos y redactaron semblanzas biográficas de mujeres participantes en el movimiento revolucionario (Rodríguez Cabo, 1937; Rocha, 1947). Publicadas en folletos con poca circulación, las breves semblanzas biográficas de mujeres fueron preparadas a partir de referencias indirectas; casi siempre están redactadas con apresuramiento y no integran a los personajes a un discurso narrativo que vincule a las biografiadas entre sí o con su facción revolucionaria o con un entorno socioeconómico o regional. En cuanto a la selección de los personajes, los textos privilegian a las mujeres urbanas, profesoras de escuela y obreras que apoyaron al maderismo, combatieron al gobierno de Victoriano Huerta y en muchos casos tomaron partido por la causa del constitucionalismo. En cambio, apenas se menciona a las mujeres rurales que actuaron en el movimiento zapatista y se ignora casi por completo a las que apoyaron al villismo.

La historia de Gertrude Duby

Nacida en 1901, en un poblado rural del cantón de Berna, Suiza, Gertrude Duby fue protagonista de una generación que en el primer tercio del siglo XX creyó en la emancipación de la humanidad y en un mundo mejor sin explotación; el movimiento socialista primero y después el Partido Comunista fueron el marco de su activismo político. Trabajó como agitadora y periodista en distintos países europeos y, al igual que muchos otros comunistas, Duby colaboró con las fuerzas de la república Española y durante una corta estancia en Barcelona aprendió algunas palabras de español.⁵

Colaboraba en la oposición al gobierno francés cuando fue arrestada en París, en 1939, en circunstancias aún no precisadas. Por varios meses estuvo detenida en un campo de concentración en el Sur de Francia hasta que obtuvo la libertad mediante las gestiones del gobierno de su natal Suiza y de inmediato viajó a Estados Unidos, donde colaboró con el Joint Anti-fascist Committee de Edward Barsky, con sede en Nueva York, y que se ocupaba de reunir fondos para apoyar a los refugiados de la Guerra Civil Española (Harris y Sartor, 1984).

La superficialidad y el consumismo que conoció en Nueva York le produjo “un choque cultural” tan severo que no quiso permanecer en Estados

⁵ Su nombre de soltera era Gertrude Loertscher. En México, tal vez por comodidad, prefirió usar el apellido Duby, de su primer marido, el suizo Kurt Duby (escrito a veces como Dueby). Posteriormente, adoptó la costumbre de agregar a su nombre el apellido del danés Frans Blom, con quien se unió sentimentalmente y compartió la vida en Chiapas, para llamarse Gertrude Duby Blom. Frans falleció en 1964 (Tejeda Bouscayrol, 1995: 179-185).

Unidos (Anónimo, 1987) sino que prefirió trasladarse a México, país al que como tantos otros izquierdistas extranjeros, Duby veía como un edén de revolución social (Tenorio, 2009). Duby llegó como inmigrada a finales de 1940 y así inició una nueva etapa en su biografía, en la que ya no podría dedicarse al activismo político, que había sido para ella una forma de vida.

Sabía poco de México —le habían contado del Popocatepetl de niña—, pero como muchos otros activistas radicales del siglo XX se sentía intuitivamente atraída por un país al que idealizaba por su potencial revolucionario y ancestrales tradiciones indígenas. Una de las referencias clave sobre el México revolucionario fue el libro *México, tierra india* del etnólogo francés Jacques Soustelle (1971 [1936]), que había leído en el barco que la transportó de Génova a Nueva York (Pappe, 1994). El breve libro de Soustelle relata su recorrido por el Morelos zapatista y una expedición a la selva chiapaneca, un viaje alternativo por el México de Lázaro Cárdenas, y que para el autor representó una impugnación directa al turismo convencional de ferrocarriles y carreteras modernas. A los habitantes de la selva lacandona Soustelle los describe como “un pequeño grupo de hombres, inimaginablemente alejado de lo que llamamos la humanidad civilizada” y en Emiliano Zapata, ve al “indio de Anenecuilco, el único jefe revolucionario que comprendió la situación del campesinado” (Soustelle, 1971 [1936]: 139). Ambas descripciones cautivaron al espíritu militante de Duby desde la primera vez que tuvo noticia de estos personajes. Los lacandones rebeldes y los revolucionarios zapatistas permanecieron grabados en su agenda indigenista. También pesó en algo la lectura juvenil de Karl May, el escritor más leído en lengua alemana, y autor de una saga de imaginativas novelas en primera persona sobre el Lejano Oeste, que moldearon la visión sobre los indígenas americanos de acuerdo al estereotipo romántico del buen salvaje que tenían muchos lectores alemanes en el siglo XX. Si muchos de los jóvenes aficionados a May se identificaban con el vaquero noble de origen alemán, Gertrude se identificaba con los indios y, en sus juegos, prefería el papel de Winnetou, el jefe de los apaches, hoy reconocido como un icono de la cultura popular en lengua alemana (Harris y Sartor, 1984: 7).

Ya en México, Gertrude Duby se estableció en la capital del país donde habían llegado otros escritores antifascistas germano hablantes, como Anna Seghers, Egon Erwin Kisch, Gustav Regler y Bodo Uhse, entre muchos más. Los exilios alemán, checo, austriaco, suizo y húngaro formaban una comunidad poco homogénea, con presencia de todo el espectro de los credos políticos que van de la centro-izquierda al comunismo y de todas las convicciones estéticas de vanguardia. El club Heinrich Heine, un salón literario que actuó como sitio de identidad cultural y convivencia social al organizar conferen-

cias, conciertos, lecturas literarias y hasta representaciones teatrales, entre otros actos culturales, fue el espacio propicio para que Duby presentara sus primeras conferencias sobre las “tierras indias” de Chiapas y Oaxaca, pero quizás lo más importante fueron los amigos que hizo entre los exiliados: el escritor Egon Erwin Kisch enriquecería su estilo de escritura; el director escénico Albrecht Viktor Blum la iniciaría en la fotografía, y sus viajes de fin de semana a Cuernavaca en compañía de amigos de este círculo fueron un primer acercamiento a la zona zapatista. Ruschin y Bodo Uhse contribuirían a despertar el interés de Duby en las mujeres zapatistas, sobrevivientes de la Revolución Mexicana (Kloyber, 2002: 146 y 149; Pappé, 1994: 60).

Al mismo tiempo, Gertrude Duby obtuvo un empleo como trabajadora social en la Secretaría del Trabajo que encabezaba Ignacio García Téllez. Su encomienda fue investigar la situación de las trabajadoras de fábricas textiles en los estados de Nayarit, Jalisco y Sinaloa. Una compañera de trabajo, quizás Ana María Hernández, quien estaba convencida de la importancia de utilizar datos históricos en la defensa de los derechos de las mujeres (Hernández, 1940), le habló del papel de las mujeres en la revolución de Emiliano Zapata.

El empleo en la Secretaría del Trabajo fue una “útil introducción a México”; sin embargo, la oportunidad que Duby estaba esperando le llegó a través de una invitación a Tehuantepec: “en el Istmo encontré a México”, aquel país indígena que había permanecido oculto a sus ojos, ya que el año de vida en la capital le pareció “un año de vida de Europa en pequeño”. Por invitación de Andrés y Alfa Henestrosa, Gertrude Duby pasó cinco semanas en Juchitán y en varios pueblos y ranchos de la costa oaxaqueña. Con la ayuda de Alfa en la traducción del zapoteco, en Juchitán comenzó a indagar sobre la participación revolucionaria de las mujeres (Duby, 1944c).

A su regreso de Oaxaca, Duby inició una investigación sobre las sobrevivientes del zapatismo. El recorrido la llevó a los pueblos de Yautepec, Tepoztlán y Anenecuilco, así como a las ciudades de Cuautla y Cuernavaca en Morelos y a pequeños poblados en Puebla y en Guerrero. En el Distrito Federal anduvo por los rumbos de Jamaica, Tlalpan y Tacubaya, en donde se habían establecido mujeres que en los tiempos del combate revolucionario se desplazaban por Morelos y el Estado de México (Duby, 1945b).

Duby se documentó sobre la historia de la Revolución Mexicana en el libro de Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, obra que entró en circulación en 1934 con el apoyo del gobierno de Lázaro Cárdenas. Magaña ofrece una visión optimista de la Revolución mexicana como un movimiento unitario que emancipó a las masas trabajadoras y a Emiliano Zapata lo describe como un hombre honorable, con visión y carácter y sin am-

biciones personales, imagen que debió confirmar la simpatía de Duby por el revolucionario morelense (AGD, DA/1942/45; Magaña y Pérez Guerrero, 1951-1952; Brunk, 2008: 105-106). Además de publicar el libro de Magaña, el gobierno de Cárdenas promovió la imagen de Emiliano Zapata al incluir su nombre, en letras doradas, en los muros de la Cámara de Diputados, al lado de otros próceres, y apoyó el levantamiento de una estatua del revolucionario en Cuautla y su incorporación a los libros de texto (Brunk, 2008: 116).

Entre las imágenes de Zapata que circulaban en el México poscardenista Duby se entusiasmó particularmente con la visión del revolucionario sureño que lo hermanaba con la revolución soviética, que promovía Jenaro Amescua, creador de la Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur en 1935 (Duby, 1942). Pero su vínculo emocional más fuerte fue con el Zapata indígena de autores como Frank Tannembaum y Carleton Beals quienes vinculaban la personalidad revolucionaria del morelense con una herencia cultural ancestral, como también lo hizo Jaques Soustelle (Brunk, 2008: 171-172).

Por encima de las cuestiones ideológicas y políticas, la personalidad de Zapata le parecía avasalladora y a Duby le fascinaban su piel morena y sus ojos negros. La idealización del México rural como potencialmente revolucionario en Duby va de la mano de una exaltación de los ojos negros y la piel morena, como rasgos físicos que indicaban una personalidad atractiva y confiable y hasta una propensión al compromiso revolucionario. Al referirse a Ventura García, Felipa Castellanos y Apolinaria Flores, tres de las revolucionarias que más le simpatizaron, la exiliada destaca el color oscuro de su piel y ojos que son semejantes a los de Zapata (AGD, DA/1952/45, 61, 72).

Las veintiún revolucionarias entrevistadas y fotografiadas por Duby no son una muestra sociológicamente representativa de las distintas condiciones sociales, formas de participación y zonas de acción de las mujeres que colaboraron con el zapatismo, pero informan sobre la naturaleza de las actividades que desempeñaron como correos espías y mensajeras. El ejército zapatista no era un cuerpo militar de carácter profesional sino “un pueblo en armas”, una fuerza compuesta por grupos rebeldes de hombres reunidos en torno a sus jefes que se mantenían cerca de los pueblos en una zona geográfica restringida que abarcaba los valles de Morelos, algunas partes de Guerrero y la región de los volcanes en la colindancia de Puebla y el Estado de México (Espejel y Rueda, 1985). Dada la restringida movilidad del ejército, las tareas de mensajería y traslado de armas y víveres eran cruciales para mantener viva la guerrilla.

El conjunto de mujeres entrevistadas por Duby incluye principalmente a espías y mensajeras, campesinas anónimas, como Buenaventura García

viuda de Quintana y Apolinaria Flores, que colaboraron en el espionaje y en el traslado de armas; a comandantes con mando de tropa, como Rosa Bobadilla y Amelia Robles, quien se convirtió en Amelio Robles cuando se unió al zapatismo y adoptó una identidad masculina, misma que conservó durante toda su vida (Cano, 2009). Duby también se entrevistó con profesoras que habían participado en el magonismo como Elisa Acuña y Rosetti. La célebre y radical activista Juana Belén Gutiérrez de Mendoza había fallecido, pero Duby halló en Tlalpan a su hija, Laura Mendoza de Orozco, quien preparaba una biografía sobre su madre, proyecto que al parecer no se concretó (AGD, DA/1942, 10, 50, 52 y 61).

Con referencias recabadas entre las mismas entrevistadas, Duby formó una lista de varias decenas de nombres, la relación más larga de mujeres zapatistas que hasta ahora se conozca.⁶ Los contactos iniciales los hizo a través de Centros de Salubridad en Morelos, pero fue más provechosa la asistencia a una comida en Palmira, el rancho del General Lázaro Cárdenas en Cuernavaca, donde Duby platicó con el doctor José G. Parres, gobernador de Morelos a principios de los veinte y Secretario de Agricultura durante el gobierno de Cárdenas, quien le ofreció a Duby los nombres de las mujeres que ella finalmente entrevistaría (AGD, DA/1942/37).

La mayor parte de los relatos que Duby escuchó y registró eran sobre mensajeras clandestinas y espías que caminaron largas distancias para cumplir misiones secretas y peligrosas. Felipa Castellanos hizo seis viajes al norte del país llevando correspondencia de Zapata a Villa, el último lo hizo en tren pero las primeras cinco veces se movió a pie; y tardaba casi tres meses en llegar y otros tres en regresar a Morelos (AGD, DA/1942/45); Vicenta Flores, responsable del comercio zapatista con pueblos de Guerrero, viajó siete veces a ese estado para traer ganado y cotidianamente transportaba víveres de la ciudad de México a Tepoztlán o Cuernavaca; unas veces iba por Ozumba y otras por Atlixco (AGD, DA/1942/43). Para lograr su misión, las mensajeras generalmente se hacían pasar por comerciantes y ocultaban los documentos en cañas de azúcar huecas o en los dobladillos de las faldas.

⁶ Entrevistó alrededor de veinte mujeres que habían tenido alguna forma de relación con el zapatismo y registró los nombres de varias más a quienes no contactó. En seguida enumero los nombres de zapatistas identificadas por Duby: Rosa Bobadilla vda. de Casas, Ana María Garcini, Paulina Maraver, Ignacia Vázquez de Pacheco, Donaciana Mojas, Amelia Robles, Dina Querido de Moreno, Buenaventura García vda. de Colima, Isabel Quintana, Áurea Olivares, Isabel Ramos, Guadalupe Bastida, Felipa Castellanos, Mercedes Haro Hernández, Laura Mendoza vda. de Orozco, Elisa Acuña Rossetti, Carmen Serdán, María Reyes González, Apolinaria Flores, Carmen Valderrama vda. de Marino Sánchez, Vicenta Flores, Julia Mora, Ana Manzaniella, Coronela Simona Rodríguez, Esperanza Chavarría, Petra Ortiz, Carmen Valderrama, Julia Urrutia, María Félix, "La Sureña" y Carmen de la Costeña.

Obtener armas y parque era todavía más arriesgado y exigía usar distintas estrategias de encubrimiento. Mercedes Haro vendía leña para disimular que su casa en Tacuba era un centro de distribución de armas. Haro también se desempeñó en el importante cargo de prebosta ya que durante la breve ocupación zapatista de Cuernavaca tuvo la responsabilidad de imponer el control de precios y localizar y distribuir víveres que estuvieran en manos de acaparadores (AGD, DA/1942/48). La historia de Apolinaria Flores, espía y curandera que atendía a heridos zapatistas con herbolaria y métodos tradicionales, le entusiasmó más a Duby. Su casa, en una barranca al pie del Tepozteco, tenía una ubicación idónea para ser refugio de guerrilleros. En varias ocasiones Zapata pasó ahí la noche y eso le emocionaba a la exiliada antifascista (AGD, DA/1942/71).

Una de las personalidades que más le interesó a Duby fue Buenaventura García viuda de Colima, quien estuvo al servicio directo de Zapata. La vieja de 86 años de edad era una “campesina rústica”, hablante de náhuatl con ojos parecidos a los del jefe suriano (AGD, DA/1942/58). Su compromiso con la causa zapatista, los riesgos y sufrimientos que enfrentó durante su trabajo campesino interesaron especialmente a Duby quien prefería los relatos vividos, en vez de las explicaciones históricas y opiniones ideológicas de las mujeres intelectuales, como Paulina Maraver o Elisa Acuña y Rosetti. La conversación con Paulina Maraver le resultó especialmente frustrante: “Siempre es más difícil obtener algo de los intelectuales. Te dan un panorama histórico que casi siempre ya conoces y no entienden que lo que tú necesitas es la parte vivencial de la historia. Con gente común ocurre lo contrario”. Tanto irritó la vieja profesora a Duby que la exiliada reconoció sólo parcialmente la importancia de Maraver, quien gozaba de la confianza política del general suriano y actuó como enlace en distintos momentos (AGD, DA/1942/62).

Sin embargo, a Gertrude Duby no todas las mujeres sencillas le parecían interesantes ni agradables, especialmente si no estaban a la altura de sus expectativas o le solicitaban algo que ella no esperaba. Se decepcionó con Rosa Bobadilla, porque la coronela repetía consignas políticas a favor de la democracia y los aliados, pero a juicio de Duby, la mujer no comprendía nada de la guerra europea (AGD, DA/1942/39). Aún más irritante le pareció la limitada perspectiva de Dina Moreno, profesora de enseñanza básica para adultos, que recordaba vagamente a Otilio Montaña y Gildardo Magaña pero no tenía memoria de nada más. A Duby también le molestó la determinación de Moreno de corregirle su manera de hablar español. Moreno era profesora y corregir la sintaxis y la pronunciación de la extranjera debía dársele con facilidad y el gesto era quizás un recurso para no sentir y hasta contrarrestar los desplantes de superioridad de la exiliada hacia alguien que consideraba

poco inteligente y con una visión política muy limitada. Pero lo que más irritó a Duby de Moreno fue que la mujer le tuviera la confianza como para pedirle que se desatara el turbante y le mostrara cómo se enredaba en la cabeza esa prenda de moda, que en Morelos no se conocía. Duby accedió con condescendencia, como si la moda del turbante a la manera como lo usaba ella o Simone de Beauvoir fuera inadecuado para una mujer como Dina Moreno, que vivía con estrechez, en una casa con piso de tierra en un poblado rural de Morelos (AGD, DA/1942/36).

En cambio, Felipa Castellanos le causó una buena impresión porque narraba los hechos con gran claridad. Felipa le confió que había escrito un libro sobre la revolución, pero Duby no logró vencer su desconfianza y convencerla de mostrarle el manuscrito ni los documentos y fotografías que ocultaba detrás de cuadros colgados en los muros de la portería donde vivía. Quizás Duby no insistió porque sabía de los temores que atormentaban a Felipa desde que un bebé murió en sus brazos, durante un ataque de los federales (AGD, DA/1942/45 y 52). Por su parte, Apolinaria Flores venció sus reservas hacia Duby luego de que la periodista pasó una mañana sentada en el piso con ella, en su puesto de plátanos en el mercado de Tepoztlán. No obstante, Apolinaria por momentos interrumpía su relato al dudar sobre si era seguro revelar a la extranjera los detalles confidenciales de la guerrilla zapatista (AGD, DA/1942/71). Con Amelio Robles formó una relación amistosa, y aunque le tenía gran admiración, Duby no llegó a comprender el que Robles hubiese adquirido una identidad masculina en todos los aspectos de su vida (Cano, 2009).

Duby se ganó la confianza de las otras entrevistadas mediante gestos de consideración y pequeños regalos. A muchas de ellas las visitó varias veces y con algunas estableció una relación de amistad, y ellas le abrieron las puertas de sus casas, compartieron recuerdos muchas veces dolorosos y le mostraron sus documentos y fotografías. Ventura García se mostró muy complacida de que Duby cumpliera su palabra de regresar y le agradeció mucho un kilo de café y una pañoleta bordada que le regaló (AGD, DA/1942/43).

Los reportajes

Duby tenía una larga trayectoria como periodista, dedicada a temas de política. Sin embargo, en México sus escritos omiten cualquier asunto político: son crónicas de sus recorridos sobre el país que iba descubriendo, escritos con gran agilidad. El estilo se acerca a las propuestas sobre la crónica o reportaje literario de valor intemporal con vuelos imaginativos, pero fieles a

los hechos a la manera de Egon Edwin Kisch, escritor exiliado en México que entendía el reportaje como un género artístico, liberado de “las ataduras de la actualidad”. Autor de varias crónicas del México poscardenista, Kisch tuvo amplia divulgación en revistas y reunió sus crónicas en un libro (Schmidt, 1995: 25).

Narradas en primera persona, las crónicas de Duby relatan lo visto y vivido por una reportera que evita la distancia etnológica y se presenta como una protagonista más del relato, que interactúa con las revolucionarias en su entorno cotidiano, en las calles de sus pueblos, en sus casas, o en los sitios que frecuentan: el mercado o la fonda. La mirada de Duby se detiene en rasgos distintivos del aspecto físico y de la personalidad de las revolucionarias que hacen de ellas personajes memorables, aun antes de comenzar la narración de su actuación revolucionaria.

Las fotografías

La investigación zapatista fue la iniciación de Gertrude Duby en la fotografía. Comenzó a tomar fotos porque vio en la cámara una herramienta de apoyo a su trabajo periodístico. Su primera cámara —una AGFA sencilla, de lente fijo, con diafragma de escasas aperturas y de segunda mano—, la adquirió por cincuenta pesos de Víctor Blum, amigo del Club Heinrich Heine. El mismo compañero fue quien le transmitió los rudimentos del funcionamiento de la cámara y de las técnicas de revelado e impresión. Con respecto a la iluminación, Blum le recomendó evitar el sol directo del medio día mexicano y los fondos excesivamente iluminados. Fue un consejo útil que Duby siguió al fotografiar a las mujeres zapatistas sin el apoyo de un exposímetro (Harris y Sartor, 1984).

Duby se jactaba de que los aspectos técnicos y artísticos del quehacer fotográfico nunca despertaron su interés. Y en efecto, raras veces, se ocupó de revelar e imprimir sus imágenes ella misma sino que, por lo general, acudía a los servicios de un estudio comercial. Con el mismo sentido, en distintas ocasiones declaró su desconocimiento de la obra de otros fotógrafos y aseguraba que sus imágenes carecían de influencias artísticas, e insistía en que sus encuadres no obedecían a decisiones formales premeditadas, ni mucho menos a una intención creativa sino que su pretensión, sencillamente, era hacer un registro objetivo de la realidad, capturar las cosas tal y como ella las veía (Harris y Sartor, 1984).

Sin embargo, es innegable que la de Duby es una mirada fotográfica muy refinada y con una amplia cultura visual, que incluía el conocimiento de

las vanguardias artísticas y de las revistas ilustradas que en distintas partes del mundo publicaron fotografía documental y artística. Duby puede caracterizarse como “una lograda paisajista y una consumada autora de retratos fotográficos. Al observar la composición de sus imágenes y los logrados clarososcuros es imposible aceptar que se trate de una persona a quien le importe poco la estética de sus imágenes” (Dorotinsky, 2007: 5).

Son fotografías con una sintaxis adecuada para la prensa, pensadas para acompañar los reportajes de mujeres zapatistas. Aunque Duby lo rechaza, su trabajo fotográfico se inscribe en la fotografía documental que floreció en Estados Unidos en los años posteriores a la gran depresión del año 1929 (Stott, 1986).

Epílogo

A finales de 1942, Duby cumplió la cita más importante de su agenda indigenista: mediante la recomendación de Vicente Lombardo Toledano y Heriberto Jara, Gertrude Duby se incorporó como periodista a la que fue la primera expedición oficial a la selva lacandona en el siglo XX, organizada por el gobernador de Chiapas, Rafael Gamboa, y a cargo de Manuel Castellanos (Anónimo, 1987). Era la primera vez que una mujer se incorporaba a una expedición a la región lacandona.

En la selva, Duby reafirmó su confianza en el gobierno mexicano al ser parte de los proyectos de beneficio social impulsados en esa región de Chiapas. Los indios de la selva lacandona eran sujetos de estudio idóneos: luchadores invictos, “se habían mantenido al margen de la civilización, un grupo jamás conquistado ni colonizado” (Duby, 2003); eran tema de interés para la prensa y de relevancia social para el gobierno, además de ser fotogénicos. A un año de la expedición, el primer libro de Duby fue publicado por la Secretaría de Educación Pública (Duby, 1944d) y sus reportajes se habían dado a conocer en distintas revistas. Y lo más importante, con los indios de la selva Duby podía involucrarse de manera práctica en proyectos sociales a favor del México rural. En cambio, las combatientes revolucionarias carecían de interés periodístico o intelectual: para ellas no había espacio en las narrativas de la Revolución Mexicana. No sabemos las dificultades que Duby enfrentó para publicar sus escritos sobre zapatismo, (sólo fueron tres artículos publicados en revistas menores), pero conocemos la dolorosa experiencia de Leonor Villegas de Magnón. El manuscrito autobiográfico de Villegas de Magnón, en donde la autora relata sus hazañas y las de otras mujeres en el norte del país, recibió veintidós cartas de rechazo a su publicación entre 1920

y 1959 (Lomas, 2004: XXXIII). Sea cual haya sido la experiencia de Duby al colocar sus escritos en revistas ilustradas, lo cierto es que el periodismo era su principal fuente de ingresos y naturalmente prefirió escribir sobre temas que tuvieran buena acogida. Además, el profundizar en análisis de la marginalidad política y económica de las mujeres zapatistas podía desembocar en una crítica al gobierno mexicano, el cual le había dado refugio de las persecuciones del nazismo, mientras que las expediciones a la selva reforzaron por algún tiempo su confianza en las instituciones gubernamentales y la alejaron para siempre de Europa. La mayoría de los exiliados de habla alemana regresaron al Viejo Mundo al término de la Segunda Guerra Mundial, pero Duby prefirió quedarse en las “tierras indias” de México, donde murió en 1993.

Recibido y revisado: marzo, 2010

Correspondencia: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer/El Colegio de México/Camino al Ajusco núm. 20/Pedregal de Santa Teresa/ C. P. 10740/México, D. F./correo electrónico: gabcano@colmex.mx

Siglas

AGD Archivo Gertrude Duby

Bibliografía

- Anónimo (1987), “Una persona inmovilizada por un accidente”, *Avance Tabasco*, 4 de noviembre, recorte periodístico, s. p.
- Ávila Espinosa, Felipe Arturo (2001), *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México/UNAM.
- Blum, Ann (2010), *Domestic Economies: Family, Work and Welfare in Mexico City, 1854-1943*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- Brunk, Samuel (2008), *The Posthumous Career of Emiliano Zapata*, Austin, University of Texas.
- (1995), *Emiliano Zapata: Revolution and Betrayal in Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Cano, Gabriela (2009), “Inocultables realidades del deseo. Amelio Robles, masculinidad (transgénero) en la Revolución mexicana”, en Gabriela Cano, Mary Kay Vaughan y Jocelyn Olcott (comps.), *Género, poder y política en el México pos-revolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

- (2000), “Las mujeres como sujeto de la Revolución Mexicana. Una mirada historiográfica”, en Jaime Bailón (ed.), *El siglo de la Revolución Mexicana*, t. 1, México, INEHRM, pp. 331-343.
- Cano, Gabriela, Mary Kay Vaughan y Jocelyn Olcott (comps.) (2009), *Género, poder y política en el México posrevolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Caulfield, Sueann (2001), “The History of Gender in the Historiography of Latin America”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 81, núms. 3-4, agosto-noviembre, pp. 449-490.
- Dorotinsky, Deborah (2007), “Comentario a Género, exilio y memoria de la Revolución Mexicana. El recorrido zapatista de Gertrude Duby, 1942”, Programa Transdisciplinario en Investigación y Desarrollo para las Facultades y Escuelas. Macroproyecto: Diversidad, cultura nacional y democracia en tiempos de globalización. Las humanidades y las ciencias sociales frente a los desafíos del siglo XX. Subproyecto: En busca de una nación liberal, México, UNAM, 11 de abril de 2007.
- Duby, Gertrude (2003), *Imágenes lacandonas*, 1ª reimp., México, FCE-Museo Na Bolom.
- (1979), *La familia de Na Bolom*, Monterrey, Fondo Nacional para Actividades Sociales.
- (1945a), “Zapata no ha muerto”, *Hemisferio. La Revista de América*, año IV, vol. 15, marzo, pp. 36-37.
- (1945b), “Frauen um Zapata”, *Freies Deutschland*, abril, pp. 23-24.
- (1944a), “Una periodista en exótico romance con un lacandón. Gertrude Duby relata a *Mañana* sus visitas a los indios y su romántica amistad con un jefe de la tribu”, (primera parte), *Mañana*, 1 de julio, pp. 40-43.
- (1944b), “Un romance en la selva lacandona”, *Mañana*, 8 de julio, s. p.
- (1944c), “Miniaturas del Istmo de Tehuantepec”. *Hemisferio. La Revista de América*, año 3, México, noviembre, vol. 13, pp. 42-43 y 94.
- (1944d), *Los lacandones. Su pasado y su presente*, México, Secretaría de Educación Pública (Biblioteca Enciclopédica Popular).
- (1942), “Bauerngeneral Zapata und das neue Russland”, *Freies Deutschland*, noviembre-diciembre, p. 27.
- Espejel, Laura y Salvador Rueda (1985), “Los ejércitos populares y la construcción de un estado nacional”, en varios autores, *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 5, México, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, pp. 857-865.
- Harris, Alex y Margaret Sartor (1984), *Gertrude Blom. Bearing Witness*, Durham, Duke University Press.
- Hernández, Ana María (1940), *La mujer mexicana en la industria textil*, México, edición de la autora.
- Joseph, Gilbert M. y Daniel Nugent (2002), “Cultura Popular y formación del Estado en el México posrevolucionario”, en Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (comps.),

- Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, México, Ediciones Era, pp. 31-52.
- Kloyber, Christian (2002), *Exilio y cultura. El exilio cultural austriaco en México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Lavrin, Asunción (1994), "Women in Twentieth Century Latin American Society", en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin-America*, vol. VI, parte 2, Cambridge University Press, pp. 483-544.
- Lomas, Clara (2004), "Introducción" a Leonor Villegas de Magnón, *La rebelde*, México, CONACULTA-INAH, pp. IX-LXII.
- Magaña, Gildardo y [Carlos Pérez Guerrero] (1951-1952), *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 vols., México, Editorial Ruta.
- Olcott, Jocelyn (2005), *Revolutionary Women in Postrevolutionary Mexico*, Durham, Duke University Press.
- Pappe, Silvia (1994), *Gertrude DUBY-Blom-Königin des Regenwalds. Eine Biographie*, Berna, EFEF/Verlag.
- Perrot, Michelle (2008), *Mi historia de las mujeres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (1984), *Une histoire des femmes est-elle possible?*, París, Rivages.
- Porter, Susie (2008), *Mujeres y trabajo en la Ciudad de México. Condiciones materiales y discursos públicos, 1879-1931*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Rocha, María Efraína (1947), *Semblanzas biográficas de algunas luchadoras mexicanas contemporáneas*, México, Ediciones del Comité Coordinador Femenino.
- Rodríguez Cabo, Matilde (1937), "La mujer y la Revolución", Conferencia dictada en el Frente de Abogados Socialistas, México, s. e.
- Scott, Joan Wallach (2008), *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- (1992), "El problema de la invisibilidad", en Carmen Ramos Escandón (comp.), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*, México, Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 38-65. 396.
- Schmidt, Friedhelm (1995), "Reportajes literarios de 'otros tiempos y lugares'. Los descubrimientos en México de Egon Erwin Kisch", en Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos, *México. El exilio bien temperado*, México, UNAM/Instituto Goethe/Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas.
- Sotelo Inclán, Jesús (1943), *Raíz y razón de Zapata*, México, Editorial Etnos.
- Soustelle, Jaques (1971) [1936], *México, tierra india*, pról. de Paul Rivet, México, Sepsetentas.
- Stott, William (1986), *Documentary Expression and Thirties America*, Chicago, University of Chicago Press.
- Tejeda Bouscayrol, Mario (1995), "Frans Blom: el explorador y su obra", en Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos (eds.), *México. El exilio bien temperado*, México, UNAM/Instituto Goethe/Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas, pp. 179-185.

- Tenorio, Mauricio (2009), *Historia y celebración. México y sus centenarios*, México, Tusquets Editores.
- Vaughan, Mary Kay (2009), "Introducción", en Gabriela Cano, Mary Kay Vaughan y Jocelyn Olcott (comps.), *Género, poder y política en el México posrevolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 39-57.
- Womack, John Jr. (1985), *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, SEP/Siglo XXI.

